



*los tres
maridos
burlados*

darío fernández flórez

Los tres maridos burlados reúne tres historias independientes con un nexo argumental común que es su punto de partida: las tres mujeres han de engañar a sus respectivos cónyuges, y meses más tarde deberá dirimirse quién merece el triunfo como autora de la más inteligente burla. Es esa estructura circular en la que se integran los tres relatos la que, no sin dificultades, permite leer la obra como novela.

Tras el escándalo que supuso en su momento la publicación de *Lola espejo oscuro* y del tremendismo de *Frontera*, con *Los tres maridos burlados*, que, en puridad, no es sino una actualización de la novela homónima de Tirso de Molina, Fernández Flórez pretendía, sin duda, bajar el tono y quitarse el sanbenito de escritor polémico mediante una comedia amable y sin otra pretensión que la de hacer pasar un buen rato a sus lectores.

APUESTA

La risa de Capilla brincó cascabelera de su graciosa boca, jugueteó en la estancia, intentó inútilmente atravesar los cristales de las ventanas y pareció caer después sobre el fuego de la chimenea, alegrando una llama que chisporroteó jubilosa. Pero antes, había hecho sonreír al académico pelmazo, estornudar al aristócrata y alcanzarse el bigote al general prostático. Ina y Arancha, por el contrario, se sintieron humilladas ante el éxito de la risa de su amiga. Ina se empolvó cuidadosamente la cara y Arancha se hizo encender un pitillo por el acatarrado marqués.

Fuera, caía la tarde. Una tarde acerada, transparente, que perfilaba al fondo la cárdena silueta de la sierra, bajo un frío cielo color limón. Entre aquella purísima lejanía y la gran ventana de la estancia, el paisaje terroso y desolado extendía sus arrecidas glebas. Un árbol, desnudo y solitario, retorció sus ramas desesperadamente sobre el llano, en un gesto de cósmico dolor. Aquel árbol dramático era uno de los orgullos del dueño de la casa, y el académico pelmazo le había dedicado ya algunos rebuscados párrafos ante la ventana. Ina y Arancha lo escucharon sin atención, pero con el respeto debido a un hombre que aparecía frecuentemente en los periódicos. Capilla había reído, como siempre, pues, la verdad, un árbol será siempre un árbol y nada más que un árbol, por mucha palabrería que se acumule sobre él.

Cómodamente sentados ante el fuego, los seis desertores de la montería dejaban pasar las horas, hasta que el regreso de los cazadores animara de nuevo toda la casa. En realidad, la montería no era tal montería, pues hacer carne en un venado era difícil por aquel terreno y ver un jabalí re-

sultaba un acontecimiento extraordinario. Pero el marqués le daba siempre mucha importancia al asunto, y, a fuerza de perros, ojeadores y jaleo lograba que aquellos conejos, que aquellas perdices y que hasta aquellas inocentes palomas parecieran otra cosa. Según las malas lenguas, que nunca faltan, aquello tenía su conque, claro está. Pues el aristócrata, hombre muy estrecho de bolsillo, aunque no de agudeza, sacaba lo suyo de sus cacerías, especialmente del desdichado y abundantísimo conejo, regalando poco y vendiendo mucho. Pero, ¡vaya usted a saber la verdad de las cosas! Lo cierto es que los amigos del aristócrata se divierten, que llenan casi todos los domingos su gran finca, en los alrededores de Madrid, y que, tirando o no tirando, cumplen la moda, pues ya se sabe que la caza es una de las elegancias del momento y que no hay hombre importante que, vistiendo su zamarra de ante o su montaraz capote, no coja el coche en los fines de semana y no se marche a matar desdichadas criaturas por ahí.

Por otra parte, estas animadas cacerías permiten lo que constituye, para la mayor parte de las personas, la máxima diversión. Es decir, un alarde de dinero. Permiten, sí, exhibir excelentes escopetas, buenos equipos de caza y hasta los más elegantes modelos, cuando se trata de una graciosa cazadora. Y si ya andamos un poco averiados por los años, o los kilos nos impiden trajinar el monte con un alegre modelo femenino, siempre tendremos alguna otra oportunidad, durante estas reuniones, para presumir de algo, que, al cabo, es lo que da vida a la vida de estas gentes. A eso acudían allí el académico pelmazo y el general prostático, pues el primero fue siempre demasiado enclenque para permitirse tiro alguno y el segundo confesaba ya demasiadas guerras en su haber.

A Ina, la caza le resultaba imposible, por ser más bien gorda; Arancha había sufrido una matinal jaqueca; el marqués andaba harto acatarrado para sus bronquios de cincuenta años, y a Capilla le había acobardado el frío madri-

leño de la jornada, que para eso ella había nacido en la luminosa costa de Granada, entre pitas y chumberas.

Reunidas por el azar, que según las citadas malas lenguas no era tal en el caso de la jaquecosa Arancha, sino más bien querencia del marqués, estas seis personas trataban de matar el tiempo dándole a la conversación y al whisky, que, en un rasgo de imprevista generosidad, servía el dueño de la casa.

No obstante, el silencio iba ganando poco a poco la imprevista tertulia. Comenzaba un crepúsculo cristalino y las luces moribundas traían a la estancia un dulce reposo. Se habían gastado ya las tópicas conversaciones y el fuego enrojecía más sus llamas. Un mochuelo voló torpemente sobre el campo terroso y oscurecido, posándose después, muy tieso, en el árbol dramático, y lanzando desde allí su larga y penetrante llamada.

El académico pelmazo comprendió que había llegado su momento, uno de esos momentos vacíos que se producen en todas las reuniones y que él pretendía llenar, a veces, con su ingenio. En realidad, el pobre hombre temía que lo invitaran para eso y una cobarde obligación lo impulsaba a cumplir así el tácito acuerdo. El académico trató, pues, de conducir la atención hacia la literatura, donde navegaba como un pez en el agua.

Abandonó su butaca y, estirando una endeble figurilla, husmeó las estanterías llenas de libros que enriquecían la sala.

—Tiene usted muy buenas cosas por aquí, querido marqués —aduló, redicho—. Aunque, claro está, faltan también algunas obras importantes —reprochó, al no encontrar las suyas.

—Estos libros los amontonó mi padre —aclaró el aristócrata—. Cada uno tiene sus manías...

—Y ésta es una de las más ilustres —advirtió el académico, amargado.

—Tiene razón el amigo —intervino el general—. Cervantes dijo que las armas y las letras...

—No, ¡por Dios!, no —cortó Capilla, enderezándose graciosamente en su asiento—. Nunca pude resistir el *Quijote*.

—Eso no debe decirlo nunca una boca española —advirtió el académico—. Y mucho menos una boca tan bella como la suya.

—Gracias por el piropo. Pero yo digo siempre lo que pienso.

—¿Siempre, señora? —preguntó el general, picado por la interrupción.

—Pues... casi siempre.

—Exageras, Capilla, exageras —intervino Arancha—. ¡Te he visto soltar cada trola...!

—Bueno, mujer; eso es otra cosa —aclaró Capilla—. A veces hay que adornar un poco las cosas. Lo que quiero decir es que yo confieso lo que me gusta y lo que me disgusta, sin que me influya el seso de los demás.

—¿El seso? —se pasmó Ina—. Hablas de una manera que no hay quien te entienda, hija.

—Quiere decir el pensamiento, la cultura de los demás —aclaró el académico.

—Eso mismito, sí, señor —admitió Capilla—. Da gusto cómo le entiende usted siempre a una. ¡Digo! Como que voy a tener que llevarle al lado para que me comprendan.

—Estar siempre a su lado sería una gratísima ocupación, señora —galanteó el académico, esponjándose.

—Tal vez se fatigara usted un poco —rió Arancha, con una risa falsa, mientras el marqués se inclinaba hacia ella para encenderle un nuevo pitillo.

—Pues mira, hija: mi marido no se ha cansado todavía —advirtió Capilla alegremente—. Y eso que lo ato corto, ya sabes.

—Es que tu marido...

—¿Qué le pasa a mi marido? ¡Vamos a ver! —se encrespó Capilla.

—Un momento, señoras, un momento —cortó el académico, desde un estante—. A propósito de maridos... —continuó cogiendo un tomo—. ¿A que no adivinan qué es lo que tengo aquí, en mis manos?

—¡Cualquiera sabe! —admitió el aristócrata—. Mi padre tenía gustos tan raros...

—Permítanme: voy a leer el título. De momento, nada más que el título —siguió el académico, con una fina sonrisa, abriendo el libro—. Un título que va a interesarles a ustedes: *Los tres maridos burlados*.

—¡Caray! A ver, ¿qué es eso? —se sobresaltó el marqués, abandonando su sillón.

—¡Estos jóvenes...! —gruñó el militar—. La literatura moderna es demasiado inmoral.

—Y ustedes, ¿qué opinan? —preguntó el académico a las tres señoras, reteniendo el volumen.

—No creo que valga la pena ocuparse de estas cosas —despreció Arancha, secamente.

—¿Usted cree? —sonrió, burlón, el académico.

—Nunca debe uno meterse en la vida privada de los demás —sentenció Arancha, terminante.

—¡Ay! Los escritores vivimos de eso, de la vida de los demás —suspiró el académico.

—El matrimonio es una cosa muy seria para tomarlo a broma —advirtió Ina, gravemente—. Claro, como usted es soltero...

—Solterón, señora, que es muy distinto... Y a usted, Capilla, ¿qué le parece el libro?

—Debe ser muy gracioso. Tres maridos burlados, fíjese...

—Es algo más que gracioso, amigos míos. Es una pequeña joya de nuestra literatura.

—No me asuste usted —dengueó Capilla.

El académico abandonó las estanterías y avanzó hasta el centro de la estancia con el libro en la mano, casi solemne.

—Son las cinco y media —anunció, observando su reloj—. Los monteros tardarán un rato en llegar y quizá comencemos muy pronto a impacientarnos. ¿Me permiten ustedes que les lea esta obra? Es una novelita graciosa y breve, llena de picardía, que les divertirá, estoy seguro.

—Díganos quién es el autor —solicitó el general, receloso.

—Se lo diré después, cuando la hayan escuchado. No quiero desilusionar a las señoras —advirtió el académico.

Y, sin más consideraciones, se acomodó junto al fuego, se caló sus gafas y comenzó a leer, mientras la tarde se oscurecía definitivamente y el mochuelo posado en el árbol lo abandonaba ya, para volar sobre un horizonte anaranjado por el frío.

El académico leía bien, muy bien, especialmente las obras ajenas. Mas, a pesar de ello, las primeras páginas de *Los tres maridos burlados* fueron acogidas con un obstinado recelo. El lenguaje de esta introducción y la manera de desarrollarse no facilitaban la confianza de aquel pequeño y heterogéneo público. Pero después, al internarse el lector en la burla que la ingeniosa Casilda hace a su marido, el honesto cajero Lucas Moreno, todos los rostros se animaron. Animación que se convirtió en un franco regocijo cuando el académico leyó la segunda burla, que la graciosa y chispeante Mari Pérez dedica al inocente pintor Morales, su esposo. Continuando las risas durante la lectura de la tercera, la que hizo a su cónyuge la mal casada Hipólita, como castigo por los injustificados celos del buen Santillana, un marido harto viejo para mujer tan moza.

—No sabía yo que teníamos libros tan divertidos en casa —comentó el marqués, cuando el académico acabó triunfalmente la lectura.

—Gracioso, pero inverosímil —distinguió el general—. Los hombres no somos tan fáciles de engañar.

—Sobre esta cuestión será mejor oír a las señoras —opinó el académico.

—A ustedes se les engaña muy fácilmente —aseguró Capilla—. Todo es cuestión de ponerse a ello.

—Lo dudo, amiga mía —gruñó el general—. Yo no creo que sea usted capaz de convencer a su marido de que está muerto, de que su casa no es ya su casa, sino una posada, o de que se ha convertido inesperadamente en fraile, como ocurre en la divertida historia que acabamos de escuchar.

—Yo no digo eso, hombre. Todo cambia, y, ahora, para burlar al marido habría que burlarlo de otra manera. De otra manera también ingeniosa y puesta al día.

—No sé, no sé, no me convence usted —rechazó el general.

—¡Un momento! Se me está ocurriendo algo estupendo —gritó, sorprendido, el marqués—. ¡Qué idea! ¡Qué gran idea!

—Anda, dila de una vez —exigió Arancha.

—El movimiento se demuestra andando —recordó el aristócrata—. Y puesto que hay aquí variedad de opiniones, lo mejor será demostrarlas. ¿Qué pensáis vosotras sobre estas burlas conyugales? —preguntó, dirigiéndose a Ina y Arancha.

—Siempre es posible engañar a un hombre —dijo Arancha, contundente.

—Eso creo yo también —admitió Ina.

—Estupendo —se regocijó el marqués—. Pues a la faena, hijas.

—No comprendo bien —tanteó Ina.

—El marqués quiere decir —intervino el académico— que deben ustedes demostrar esta burlona posibilidad y que, como ocurre en la obrilla que acabo de leer, habrían de burlar a sus respectivos maridos para demostrarlo.

—¡Vaya! La cosa tendría gracia —se animó Capilla.

—Pero la mejor burla merecía un premio en esa historia —recordó Arancha—. Nada menos que un diamante.

—Es verdad —reforzó Ina.

—El que premiaba allí era un conde y aquí tenemos un marqués —advirtió, socarrón, el general, conociendo la estrechez de su amigo.

—Hombre, quizá pudiéramos encontrar algo... —vaciló el aristócrata, torciendo el gesto.

Pero estaba tan encariñado con su idea, que lo encontró:

—Ya lo tengo —dijo.

—¿Qué? —se interesó Arancha, con avidez.

—Unas pieles de garduña que iba a mandar a los Estados Unidos. Las pagan muy bien, casi como el visón —advirtió—. Y hay para hacerse un abrigo.

—Es verdad —dijo Capilla—. La Huércal se ha traído uno.

—Entonces, ¿no es un visón? —preguntó Arancha.

—No, hija, no; garduña.

—Pues resulta precioso —opinó Ina—. Precisamente se lo vi la otra noche en la gala de los *ballets*.

—De manera que si llegamos a un acuerdo... —tentó el aristócrata.

—Por mí, adelante —aceptó Capilla, muy divertida.

—Pues yo no me quedo atrás —dijo Arancha—. ¿Y tú, Ina?

Ina parecía vacilar. Algo sofocada, con su orondo aspecto de mujer plebeya, parecía, sin embargo, sufrir el diablillo juguetero de la duda.

—Yo no sé si estará bien...

—No digas tonterías, ¿quieres? —cortó Arancha—. ¿Acaso no nos burlan ellos todos los días?

—No se trata de nada feo, mujer —aclaró Capilla—. Una buena broma y ya está.

—Es que, además, Vicente es muy difícil de engañar.

—¿Te crees que Fernando es tonto, o qué? —protestó Arancha.

—Pues mi Pepe las pesca al vuelo —recordó Capilla.

Discutieron un rato las tres señoras la inteligencia, la desconfianza y la agudeza de sus respectivos maridos, enzarzándose tan animadamente que el engañarlos se convirtió muy pronto en cuestión de amor propio. Cuando el académico vio la cosa madura, resumió, diciendo:

—Bueno, señoras, ya está bien de palabras. Vamos a formalizar el asunto. Cada una de ustedes se compromete a burlar a su propio marido, no al de alguna de sus amigas, ¿eh? —malició, guasón—, en el plazo máximo de seis meses. Cuando se cumpla ese tiempo, nos reuniremos aquí, para conocer las burlas detalladamente, y este tribunal, en donde el azar ha reunido la nobleza de la sangre, la nobleza de las armas y, permitidme que también lo diga, la nobleza de las letras, dictaminará cuál es la mejor, la más graciosa e inteligente entre todas ellas, para que el marqués le conceda el premio de esas garduñas... ¿De acuerdo, amigas mías?

—Sí, hombre, sí; de acuerdo —dijo Capilla.

—Conforme —reforzó Arancha.

—Puesto que ustedes se empeñan... —suspiró Ina.

Rieron todos anticipadamente las incógnitas burlas, especialmente el marqués, que parecía sentir una cierta antipatía por los maridos, y se escuchaba ya el bullicioso retorno de los monteros, cuando el general recordó brusca-

mente:

—Ahora sólo falta una cosa.

—¿Qué cosa? —se alarmó el marqués.

—Que nuestro ilustre amigo nos diga quién es el autor de esa preciosísima historia. Porque yo no me fío, no me fío y, a lo mejor, la ha escrito él.

—¡Oh!, no, señor —rechazó con falsa humildad el literato—. Aunque bien quisiera poderla tener por obra mía. El autor de *Los tres maridos burlados* fue un hombre extraordinario. Incomparable dramaturgo, excelente poeta, historiador de mérito y ameno novelista, es uno de nuestros grandes escritores del siglo de oro, y el inventor de Don

Juan, por más señas. Se llamó Gabriel Téllez, usó el seudónimo de *Tirso de Molina* y desde los diecisiete años fue fraile de la Merced. Esta picara obrilla que acabamos de leer forma el quinto de sus *Cigarrales de Toledo* y se conoce en nuestra literatura con el título de *Los tres maridos burlados*. ¿Alguien desea saber más?

—¡Un fraile! —se pasmó Capilla—. ¿Un fraile tan gracioso?

—La devoción no está reñida con la gracia, señora —advirtió el académico—. Y, en aquel siglo tan brillante, nuestros frailes sabían ser devotos y graciosos al mismo tiempo. Por otra parte, debemos recordar, porque ahora se olvida con lamentable frecuencia, que el catolicismo es una religión optimista, alegre, mientras que...

—Ya está bien, hombre, ya está bien —cortó Capilla—. No nos suelte un sermón para postre.

—¡Oh!, yo no sirvo para esas cosas —se picó el académico pelmazo, viendo peligrar su triunfo.

Por lo cual cerró el pico, mientras entraban ya en la casa los monteros y la estancia se llenaba de voces excitadas y de olor a conejo.

PRIMERA BURLA

Capítulo primero

El doctor Cárdenas Anguita, ginecólogo ilustre, se quitó, con un seco chasquido, el guante de goma, y pasó a su despacho, tras indicar a su paciente que podía vestirse. Allí, ante su mesa, recorrió rápidamente la historia clínica. Después, encendió un pitillo y, aspirando el humo con un renovado placer, tuvo un gesto malicioso y guasón en su rostro moreno. Pero, al ver entrar en el despacho a su cliente, lo borró con viveza, recuperando su severa máscara profesional.

Una mujer gorda, alhajada y ricamente vestida, se dirigió hacia él, preguntando anhelante:

—¿Está usted seguro, doctor? ¿Completamente seguro?

—Completamente seguro —repitió, rotundo, el médico—. Pero, siéntese, por favor.

Sofocada, sudorosa, la gorda señora se dejó caer sobre la butaca. Hundida entre los brazos del sillón, su cuerpo, blando y sonrosado, se hacía aún más redondo y, en el amplio escote, las carnes se apretaban formando un feo y húmedo canal, que hizo parpadear al médico tras los cristales ligeramente azulados de sus gafas.

—No puedo creerlo, doctor, no puedo creerlo —insistió, aún trémula, la mujer.

—Pues créalo usted, señora. No cabe la menor duda.

—Pero, ¿y esa famosa prueba de la rata?

—Las ratas también se equivocan.

Con un hondo suspiro, la señora aflojó un poco su forzada tensión, buscando una postura más cómoda en la butaca. Después, abriendo su magnífico bolso de piel de cocodrilo, sacó un fino pañuelito y se enjugó una lágrima.

—Temo que no comprenda bien mi situación, doctor —se quejó, llorosa.